

LA FAMILIA:

REENFOCANDO NUESTRO ACTUAR PROFESIONAL

- A pesar de que nuestra profesión partió como tal tomando como base a la familia, los Trabajadores Sociales abandonamos esta postura inicial para concentrarnos en el individuo. Si bien es cierto desde un tiempo a esta parte hemos ido «reaprendiendo» a focalizarnos en la familia -en la perspectiva de que todo individuo está profundamente inmerso en ella-, es un hecho que aún resta mucho por hacer.

La primera memoria que dirigí a finales del '70 intentaba conocer las percepciones y motivaciones de un grupo de niños de aquéllos denominados «menores en situación irregular» internos en un hogar de menores.

La metodología estaba basada en los planteamientos de Paulo Freire, y en concreto se intentaba generar, a partir del estímulo de temas dibujados por los niños, conversaciones que permitieran conocerlos y conocerse. Esta experiencia de investigación me marcó. Nunca había pensado que los niños internos en un hogar querían estar en otra parte que no fuese ese lugar. Sencillamente, no se me había ocurrido. Todo el material elaborado por ellos se refería a la familia: familias alrededor de una mesa, un padre con su hijo, una familia en la playa, un niño llegando a la escuela del barrio, etc. De esta manera, el internado aparecía lejano de

María Olga Solar Silva
Profesora
Escuela de Trabajo Social,
Pontificia Universidad Católica de Chile

sus intereses profundos. Probablemente, si hubiésemos hecho el estudio en niños con problemas de otro estrato social nos habríamos encontrado con algo similar. La diferencia sustantiva es que su problema, fuera de toda duda, se estaría enfren-

tando por vías en las cuales el internado no existe en el mapa de sus alternativas.

Las conversaciones, por lo tanto, giraron en torno a las familias de los menores. Y yo y mis alumnos, como profesionales, aprendimos algo fundamental: que la familia tiene la misma importancia para todos los niños, sean éstos pobres o ricos, sean buenas o malas familias.

También aprendimos que las familias pobres eran reemplazadas por las políticas sociales, cuando se considera que no están cumpliendo cualquiera de sus funciones.

Posteriormente, al dictar cursos y dirigir prácti-

cas de Caso o Trabajo Social Individualizado, llegué a la obvia conclusión de que los casos -individuos que presentaban problemas en las distintas instituciones en las cuales hacían prácticas nuestros alumnos- podían ser mejor entendidos en el contexto de su familiar. Comprobé que, más que el problema o la situación que se presentaba, si uno conocía la historia de la persona sabía cómo se iba constituyendo, y que si bien eran relevantes la escuela y el barrio, más lo eran la madre y el padre. En definitiva, la familia. Años después empezaron a llegar a Chile los primeros libros de Terapia Familiar. Autores como Salvador Minuchin, Jay Haley y Virginia Satir fueron aclarando lo que uno empezaba a descubrir: que todos nosotros estamos profundamente inmersos en nuestros sistemas familiares. Quiénes somos, cómo pensamos, qué comunicamos, qué escogemos ser o qué escogemos hacer, con quién escogemos estar o amar, es de alguna manera función del complejo sistema que se ha ido formando a través de las generaciones (Solar, 1984).

Estos nuevos enfoques parecían calzarnos como anillo al dedo: encajaban perfecto con lo que a mí y a nuestro equipo nos parecía que debía ser la manera de concebir el Trabajo Social con la familia. Le daban un marco a la práctica, una concepción teórica-metodológica que permitía analizar las familias en términos de sus estructuras, de sus procesos y de sus contextos, posibilitando diagnósticos significativos y, por lo mismo, mejorando la intervención.

Sin embargo, esto que parecía simple no lo era tanto, y vimos que la relación del Trabajo Social con la familia era más compleja y confusa como para que simplemente se resolviera por el hecho de acceder a útiles cuerpos teóricos.

Nuestra profesión partió como tal teniendo como foco la familia -lo que logró muy bien- e, incluso, nuestra primera revista profesional se llamó

«The Family», denominada posteriormente «Social Casework».

Sin embargo, los trabajadores sociales abandonaron esta postura inicial y en la actualidad están reaprendiendo a focalizar en la familia. ¿Qué

le ha pasado al Trabajo Social? ¿Qué nos ha pasado que estamos llegando casi como afuerinos a esa noción tan central en el pensamiento original de nuestra profesión?

En este artículo me propongo contestar estas preguntas desarrollando algunas hipótesis que pueden explicar la relación del Trabajo Social con la familia.

A mi juicio, estas concepciones están aún presentes en nuestra «cultura profesional» y se constituyen en obstáculos para el trabajo con la familia desde las perspectivas necesarias para este tiempo. Algunas de estas hipótesis son más responsabilidad nuestra; otras, más del contexto en el cual nos desempeñamos. Sin embargo, todas corresponden a una manera de concebir la realidad que «condicionan» la acción social a un Trabajo Social familiar.

Para la proposición de hipótesis, me he basado en el planteamiento de Ann Hartman y Joan Laird (Hartmann, 1985), y en un artículo mío anterior (Solar, 1984). En ambos casos, se estudia la relación de la profesión y la familia con bastantes coincidencias, sin que hubiese existido, al momento de las respectivas publicaciones, ninguna información mutua.

ANALIZANDO LAS HIPOTESIS

La primera hipótesis es que el cambio del foco de la familia al individuo se debió al impacto del psicoanálisis y del movimiento de Higiene Mental en la profesión.

El movimiento psicoanalítico de los años '30 cambió el caso social tal cual estaba concebido por los primeros trabajadores sociales, quienes le daban gran importancia a la familia y conce-

«El cambio del foco de la familia al individuo se debió al impacto del psicoanálisis y del movimiento de Higiene Mental en la profesión».

bían el caso social como un caso familiar. Mary Richmond fue notablemente lúcida al valorar la familia como el lugar más importante para el desarrollo de las personas. «Existen cosas que no se pueden fabricar en masa, especialmente hombres y mujeres capaces de desempeñar un papel útil en la sociedad. Es verdad que la escuela, el club, el taller, los organismos comerciales o profesionales, así como los movimientos políticos organizados, nutren otras fases del carácter, necesidades de contactos exteriores, este deseo de competencia en un pie de igualdad con aquéllos que no puede alimentar la familia; pero los instintos de protección y benevolencia tienen su génesis en la familia y a través de toda la vida servirá como criterio final para las otras actividades de la vida» (Richmond, 1922).

Al definir el cliente, Mary Richmond plantea: «los trabajadores de casos familiares dan la bienvenida a la oportunidad de ver en el inicio mismo de la relación a los miembros de la familia reunidos en su propio entorno, actuando y reaccionando unos sobre otros, cada uno tomando parte en la historial del cliente, cada uno revelando hechos sociales de real significado por otra senda que de las palabras» (Solar, 1984). Plantea que «tener a la familia in mente» se entiende «por supuesto, mas allá del diagnóstico» y uno podría encontrarse con que los buenos resultados del tratamiento individual podrían desmoronarse por lo que denominó «la deriva de la vida familiar». Señala, asimismo, que la familia está siempre en un entorno, el cual hay que considerar tanto en el diagnóstico como en el tratamiento. En palabras de su tiempo, con el lenguaje de su tiempo, se refirió a aspectos tan relevantes que han sido desarrollados después por teóricos familiares de nota: desarrollo de la individualidad ligado a la familia, desarrollo de la identidad

«El foco en la familia se ha obstaculizado por la tendencia de la profesión a separar lo individual versus lo social. Según los momentos históricos y las influencias ideológicas, la profesión se ha polarizado en los extremos».

sexual ligada a la identidad familiar, el aprendizaje de roles sociales que se realiza en la familia, pautas de interacción, familia y contexto de la familia.

Así, definió el caso como la familia y advirtió que el tratamiento individual podría fracasar si no se la tomaba en cuenta (Solar, 1984). Esto lo escribió en 1917 y en los años '20 se inició el gran movimiento psicoanalítico que produce un dramático cambio de lo familiar a lo individual, perspectiva que en nuestra profesión nos pena hasta el día de hoy.

Mary Jarrett -la primera asistente social psiquiátrica, fundadora de The Smith School of Social Work y de gran influencia en el desarrollo de la profesión- escribió ya en 1919, criticando los planteamientos de Richmond, que «la adaptación de un individuo al contexto depende del arreglo mental del individuo» (Hartmann, 1985).

Seguramente, esta teoría -que produjo una revolución en la época- tuvo la suficiente potencia y atractivo para copar las explicaciones del comporta-

miento humano para la profesión. Y aunque la práctica mostrara la validez del planteamiento original, hacía difícil su defensa desde una profesión nueva, sin poder y recién saliendo de la caridad (Solar, 1984).

Esto influyó en el estilo de la relación con el cliente, en el diagnóstico y tratamiento de los problemas, en el conocimiento de la realidad, en la dificultad para conocer la realidad, en la formación profesional, etc.

Los asistentes sociales han estado de esta manera «relegados» a trabajar con el contexto del individuo, la familia y la comunidad. En muchos campos, han estado trabajando donde es relevante estar, sin estar conscientes de que es un lugar relevante.

Recién en la década del 60 empiezan a influir en

la profesión los nuevos conceptos derivados del Movimiento de Terapia Familiar, los cuales se conocen en Chile sólo a finales de la década del 80. La segunda hipótesis es que el foco en la familia se ha obstaculizado por la tendencia de la profesión a separar lo individual versus lo social (Hartmann, 1985).

Según los momentos históricos y las influencias ideológicas, la profesión se ha polarizado en los extremos. Dicotomía entre lo interno y lo externo, entre la persona y la situación, entre lo micro social y lo macro social, entre lo individual y lo social. Esta amplitud de la separación entre lo individual y lo social, ha significado lo siguiente para el trabajo con familias: si estamos en el polo del individuo y tratamos de producir cambios, los cambios son individuales. Así, la familia nos queda grande. A la inversa, al definir los problemas en el polo de lo social, el cambio se define a nivel social. Entonces, la familia queda chica. ¿Y la familia dónde? En esta dicotomía se da un vacío intermedio, que incluye la familia, las redes sociales, la interacción social habitual, la vida cotidiana de las personas, etc.

Estos polos nos impiden visualizar la acción social como un continuo entre lo individual y lo social. El continuo individuo, familia, grupo, comunidad, organización, política social, nos permite analizar las conexiones entre los sistemas macro sociales y los micro sociales. Cada nivel tiene su propia complejidad y, según desde el punto de vista que se le mire, todos son complementarios. Qué más útil puede ser -para una evaluación de la política social- que los profesionales que están trabajando directamente con muchos individuos y con muchas familias, puedan mostrar los impactos positivos o no de una determinada política, las factibilidades reales de su implementación, las condiciones que requiere, etc.

«La práctica del Trabajo Social, organizada y clasificada en términos de "campos" profesionales y de "métodos" profesionales, ha obstaculizado el trabajo con la familia».

En los '60 esta división entre lo individual y lo social se agudizó. Vinieron los grandes movimientos mundiales y nacionales impulsados por una fuerte preocupación por la injusticia, por la desigualdad social, etc.

El movimiento de reconceptualización que se generó en América Latina tuvo como propósito formular un Trabajo Social comprometido con el cambio social, con una clara orientación ideológica de cambio de las estructuras macro sociales, lo que produjo una descalificación en el Trabajo Social de la práctica a nivel individual, familiar, del grupo, etc.

A estas alturas, es casi un lugar común decir que los problemas derivados de la pobreza tienen que ver con estructuras sociales injustas, en las cuales un importante número de ciudadanos no accede a las oportunidades para desarrollar una vida digna y productiva.

Frente a esta afirmación, sin embargo, desde el punto de vista profesional se necesitan respuestas profesionales. De ahí que es importante definir la misión y el camino que la profesión plantea para cooperar al desarrollo de las personas en el contexto de injusticia. Y, desde esa misión, definir

las unidades sociales sobre las cuales se puede y debe intervenir para mantener, mejorar o cambiar una determinada situación.

Así, la familia ha estado atrapada en medio de la lucha entre los que valoran lo micro y los que valoran lo macro (Hartmann, 1985). En 1967, Sherman dijo que tal vez la familia podría ser la que acercara los extremos... Esto, porque la familia es un sistema psico-social real y la verdadera

mediadora entre el individuo y la sociedad.

La tercera hipótesis es que la práctica del Trabajo Social, organizada y clasificada en términos de «campos» profesionales y de «métodos» profesionales, ha obstaculizado el trabajo con la familia (Hartmann, 1985). Veámoslo en detalle.

Los Campos Profesionales

Debido a la manera como el Trabajo Social se inserta en las políticas sociales, la profesión clasifica su campo. El campo de Menores, Salud, Educación, Bienestar, Vivienda, Desarrollo Local, etc. Y esto, que se puede convertir en una ventaja habiendo claridad disciplinaria, se transforma en un obstáculo desde la perspectiva de la acción profesional con la familia, pues se ha pensado que el campo define el desempeño.

El Trabajo Social, como todas las profesiones, se desempeña de una manera que la caracteriza independiente del sector. A diferencia de las otras profesiones, se desempeña en una diversidad de sectores. Y son estos sectores los que se han identificado como campos. Claramente, es un obstáculo desde la perspectiva del Trabajo Social familiar. ¿Es la familia un campo? ¿Es realmente un campo? ¿O más bien es un grupo social relevante que está presente en cualquier campo? La familia atraviesa cualquier campo, cualquier área en que el Trabajo Social esté inserto. Afortunadamente, esta idea va quedando más clara cuando desde diversas políticas sociales se empieza a reflexionar sobre el papel de la familia en la política, y cuando desde las escuelas de Trabajo Social se ofrecen programas de formación en familia que aclaran, por la formación, estos errores.

Los métodos profesionales

En nuestra profesión, aún arrastramos conceptualizaciones de los métodos que aluden al «tamaño» del cliente.

El Caso Social indica una tendencia a focalizar en el individuo. El Grupo indica una tendencia a focalizar en la interacción de individuos y la Comunidad indica una tendencia a focalizar en grupos en un territorio.

El trabajar con la familia: ¿es caso?, ¿grupo?, ¿comunidad?, ¿ninguno de ellos? O más bien, ¿se puede trabajar en asuntos de la familia a cualquier nivel o en cualquier tamaño del cliente? ¿El trabajo con familias es un método aparte? Más bien preferimos decir que es una unidad social básica, cotidiana de todas las personas, fundamental e insustituible en la formación de

personas, y que debe ser apoyada para cumplir sus importantes funciones. Desde el trabajo con un individuo si corresponde, o en grupos si se considera pertinente, o en una comunidad si es más eficaz. Desde una institución, desde la política social, desde la investigación... A distintos niveles de la acción social y desde diferentes funciones profesionales.

Las políticas sociales y los servicios sociales, de los cuales hemos participado desde sus orígenes, continúan sin involucrar -y en muchos casos sin siquiera reconocer en la práctica concreta- la existencia de la familia.

Chile es un país donde cerca de la mitad de sus familias vive en condiciones de pobreza. El 53.6 de la población infantil menor de 14 años vive en completa pobreza, en riesgo de desertar de la escuela, de trabajar sin protección, de abandonar el hogar, de sufrir de maltrato familiar e institucional, etc.

Los expertos en familia -probablemente las familias mismas y crecientemente la sociedad en su conjunto- se han lamentado de la ausencia de políticas sociales que apoyen a la familia en sus importantes funciones.

La familia es el lugar donde se construye lo esencialmente humano. Es el único sistema en que participan en algún momento de su vida todos los miembros de la sociedad. Es el grupo social básico, el cual tiene adscrita la importante misión de «hacer personas».

Sin embargo, la perspectiva general y la manera de trabajar actualmente es marcadamente individualista. Está plagado de ejemplos en este sentido: los formularios están diseñados para los individuos y en función de problemas individuales; en instituciones donde se trabajan problemas típicos de familia se la considera como un «factor externo» y no como un «factor que incide». El discurso de algunas políticas -en las cuales las dirigidas a la niñez en riesgo han sido expresivas- han destacado la relevancia de la familia, la incidencia que tiene en el problema que la política aborda, la necesidad de incluirla y de apoyarla, y formula como objetivo el fortalecerla en el contexto de su realidad.

Estos propósitos, sin embargo, han sido honra-

dos mucho más por su rompimiento que por sus logros.

Sin embargo, desde un tiempo a esta parte -no mucho eso sí- se están produciendo cambios en la definición de las necesidades y problemas sociales, y en el diseño de las políticas. La política de menores aludida es un ejemplo positivo de este hecho.

Cada vez hay mas conciencia de que la familia es un sistema relevante, que no es posible ignorarla y que, cuando se hace -como ha sucedido en forma sistemática-, los problemas lejos de mejorarse, se profundizan. Los niños no aprenden, las personas no saben cómo cuidar su salud y las normas judiciales resuelven de maneras que dañan más aún las relaciones familiares.

De ahí que empezamos a advertir más y más su presencia en las políticas de salud, de educación, de menores, de justicia, de salud mental o de aquéllas dirigidas a grupos como la mujer, los adultos mayores, los jóvenes, etc. Claro que, en la medida que prevalezca el enfoque individualista en los programas sociales, los intentos por incluir enfoques familiares se encontrarán con serios obstáculos organizacionales.

¿Qué nos pasa a nosotros con estos cambios? ¿En qué posición nos encuentra? ¿En qué nos desafían a los Asistentes Sociales las nuevas orientaciones y las nuevas visiones? ¿Cuál es nuestro aporte?

A mi juicio, nos encuentra en una posición privilegiada para desempeñarnos en tareas que promuevan el conocimiento y el desarrollo de la familia. Por una parte, conoce directamente a las familias, sus debilidades, sus fuerzas y el medio ambiente que la rodea. Por otra, conoce las instituciones, sus objetivos, sus estrategias, etc. Está en la intersección de los dos sistemas. Es una posición interfronteras que es fuente de dilemas y de conflictos y que tiende a generar an-

gustia y tensiones. Pero también puede ser vista como una oportunidad para el desarrollo de nuevos roles que contribuirán al desafío de trabajar para el desarrollo de la familia.

Si ustedes comparten algo de este tipo de reflexiones, e intentamos superar estos obstáculos, podríamos plantearnos algunas preguntas:

¿Qué es una familia desde el punto de vista de nuestra profesión? ¿Cómo los trabajadores sociales nos definimos frente a la familia? ¿Qué variedad de roles y funciones significa trabajar con las familias? ¿Qué roles son directos y cuáles son indirectos? ¿Qué tenemos que decir como disciplina desde los diferentes campos a las políticas sociales y a sus impactos en la familia? ¿Qué podemos

aportar al conocimiento de las familias chilenas? ¿Cómo educamos a nuestros alumnos?

ALGUNAS ORIENTACIONES

- La familia debe ser apoyada, en primer lugar, en su medio ambiente o en su contexto social cotidiano. De esta manera, se favorecen las intervenciones que hacen uso de los sistemas naturales y de la experiencia de vida, y se desalientan las acciones artificiales o sustitutivas.
- Las dificultades y problemas de las familias son vistos como el resultado de la interacción entre muchas variables. Así, se evalúan los problemas como faltas o déficits en el contexto de las familias, como transacciones disfuncionales entre los diferentes sistemas, como estrategias adaptativas y/o como interrupciones en el crecimiento, lo que permite ampliar las alternativas para los trabajadores sociales y para la familia.
- Otorgar poder a la familia debiera ser un objetivo principal, integrándola activamente en el proceso de evaluación de sus problemas, de sus

debilidades, de sus fuerzas y de sus alternativas.

• El Trabajo Social familiar supone no sólo trabajar con la familia y sus miembros o el medio ambiente próximo de la familia, sino también en otros sistemas sociales que se relacionen con la familia.

• En el Trabajo Social familiar se pueden desplegar una variedad de roles y a diferentes niveles de acción social: individual, familiar, de redes sociales, grupal, organizacional, comunitario y de la política social. Desde luego, todos los roles que tienen que ver con el Trabajo Social directo, desde cualquier campo y con cualquier tamaño del sistema cliente: apoyo, educación, terapia, orientación, trabajo con redes, organización, etc. y desde el campo de la educación, de la salud, del trabajo, de la justicia, etc.

También supone desplegar otros roles importantes, como el de investigación en familia. Los trabajadores sociales tenemos la oportunidad de manejar gran cantidad de información de muchos individuos que nos dan cuenta de realidades personales y familiares amplias, y además tenemos la oportunidad de preguntarnos y profundizar en algunas de esas informaciones

• Trabajar con la familia también significa formular programas que promuevan su desarrollo desde la prevención o el tratamiento. Analizar políticas y evaluar el impacto en las familias se constituye en otro importante rol. La mayoría de

los asistentes sociales podría, desde su lugar estratégico, evaluar el comportamiento (que en definitiva es lo que importa) de la política social. ¿Qué concepto de familia utiliza la política social para definir a sus usuarios? ¿Es excluyente o amplia, de manera que incluya la diversidad de las familias? ¿Los programas fortalecen a la familia o tienden a reemplazarla? ¿La política considera los valores culturales de la familia en el desempeño de sus funciones? ¿Reconoce las influencias del contexto social en la vida familiar? ¿Cómo se le reconoce la autoridad a la familia?

En el fondo y en la forma, el objetivo final es definir cómo contribuimos los asistentes sociales y las escuelas de Trabajo Social al desarrollo de las familias, y cómo promovemos procesos a través de los cuales los servicios que produce el Trabajo Social se orienten a que las personas adquieran dominio sobre sus vidas, y en los cuales las políticas sociales, contexto de nuestra práctica, apoyen a la familia en su desarrollo.

BIBLIOGRAFIA

- Ann Hartmann - Joan Laird: «Family Centered Social Work Practice», The Free Press, N.Y. 1985.
- Solar, María Olga: «Un poco de Historia y tres períodos importantes» Revista de Trabajo Social N° 44, 1984.